

Venganza ritual e historia en *Hombres de Maíz*

En su novela, Miguel Ángel Asturias nos descubre un mundo mítico interrelacionado con la realidad histórica de una Guatemala mercantilizada, que ha perdido esos rasgos de pureza primigenia asociados a la sociedad tribal, una sociedad idealizada, que vive en comunión con la tierra y que sólo cultiva el maíz para su propio sustento, sin afán especulativo. La historia contemporánea se refunde con los aspectos míticos de esa antigua sociedad de valores familiares tradicionales.

Y uno de los aspectos primordiales de esa parte mítica de *Hombres de maíz* son las maldiciones y la venganza ritual que dichas maldiciones comportan.

Asturias, conocedor profundo de los textos primitivos de la cultura maya, como el *Popol Vuh*, o el *Chilam Balam*, y de la mitología mesoamericana, inicia la novela con un lenguaje ritual propio de aquellos textos. En el primer capítulo, introduce al cacique Gaspar Ilóm, en lucha con los maiceros que queman vastas extensiones de selva para sembrar maíz con propósitos mercantilistas.

La llegada de los soldados al mando del coronel Chalo Godoy y su enfrentamiento con la tribu de Gaspar será el detonante de la tragedia. El episodio histórico —hay un cacique real y documentado fehacientemente que se opuso a los maiceros— narra como el Gaspar es envenenado y todos sus hombres despedazados a machetazos. Pero ahora la historia dará paso al mito:

Pedazos los hicieron, pero los pedazos se juntaron, de cada brujo reptó el pedazo que quedó vivo para formar un solo brujo, un brujo de pedazos sangrantes de brujos, y todos a una voz, por boca de este ser extraño de muchos brazos, de muchas lenguas lanzaron las maldiciones: ¡Fuego de monte matará a los conductores del veneno!

La maldición está formulada, y la venganza, que dará comienzo en la parte 2ª, se consumará en las partes 3ª y 4ª. Castigo que se realiza por manos humanas y por razones sobrehumanas, destrucción que es realidad histórica y que es a la vez leyenda.

Los antropólogos han demostrado que la ley en una comunidad de tipo primitivo nace muchas veces de la maldición, y que la justicia que se aplica en dichas sociedades está fuertemente relacionada con la magia. Así, conceptos tan vitales en nuestros días y nuestra sociedad de progreso, como son la ley y la justicia, se ven mezclados en la novela con los de magia y venganza ritual.

Todos los que intervinieron en el envenenamiento y la matanza de la tribu de Gaspar Ilóm irán cayendo de una u otra forma. Y aún más, caerán por el orden ritualizado, primero los más

inmediatos actores de la tragedia: los Machojón, que son los que le llevaron el veneno; después los Zacatón, que fueron los boticarios encargados de preparar la pócima; y, por último, Chalo Godoy y sus soldados, fulminados «como basuras humanas en medio de la humazón». El fuego es el elemento esencial de la venganza, un vínculo entre lo real y lo ficticio y uno de los símbolos que sobrevuela toda la novela, junto con el agua y el maíz.

El fuego que consumirá a Machojón, camino a pedir la mano de su novia, Candelaria Reinoso, y lo consume de modo maravilloso y sobrenatural en su absorción por las luciérnagas, “ese fuego que salta desde las palabras de los brujos».

El fuego al que son arrojadas las cabezas de los Zacatón por los hermanos Tecún, aconsejados por el curandero-venado, para sacar el grillo del hipo que habían introducido a su madre por el ombligo.

Y el fuego que, en tres círculos mágicos, consume a Chalo Godoy y a su tropa.

La venganza ritual, como apunté más arriba, utiliza agentes humanos para su ejecución. Así, será el propio Tomás Machojón, por causas que se analizarán más adelante, el que prenderá el fuego que acaba con él mismo y con la Vaca Manuela, su esposa. El fuego del señor Tomás se convierte en el fuego mítico de las luciérnagas, en la venganza que fluye desde las palabras de los brujos.

También serán los hermanos Tecún, influidos por el curandero, los que acabarán con los ocho miembros de la familia Zacatón y arrojarán sus cabezas al fuego.

Y será el propio curandero, tras transformarse en venado y habiendo sido muerto por uno de los hermanos Tecún, el causante de la muerte de Chalo Godoy: «Reviví y sólo para sacar de en medio al que también le llegó su séptima roza.»

Venganza que profundiza más en lo mágico y ritual en el caso de los soldados, pues no sólo los alcanza a ellos la maldición, sino también: «En ellos y en sus hijos y descendientes se apagó la luz de las tribus, la luz de los hijos... de las entrañas de estos hombres malos como el pedregal que en invierno quema de frío...»

El Tiempo.

Otro de los temas fundamentales de la novela en donde se mezclan lo histórico y lo mítico es el tratamiento del tiempo. El tiempo real se diluye en un tiempo circular donde las historias y los personajes van accediendo a la leyenda. Realmente han transcurrido siete años desde la muerte del Gaspar cuando acaece la muerte de los soldados. Siete años que ponen cierta perspectiva, abriendo una brecha suficiente de tiempo para permitir la creación de una leyenda, para que la acción que ocurrió no desmienta la palabra que la transmite.

Para que estas leyendas se hagan realidad, es esencial que el tiempo pase, que los hombres se alejen de ese pasado. Un tiempo que, al ser también mítico, fluirá hacia delante y hacia atrás, que a veces se medirá no en unidades formales sino en rozas, para adaptarse a las maldiciones de los brujos. Un tiempo que hay que aceptar en su conjunto, para introducirnos en el ambiente mágico que recrea Miguel Ángel Asturias: entre la primera página y la última median no más de cincuenta años, aunque también las separa una eternidad.

Algunos críticos han querido ver en la novela una especie de alegoría de lo que ocurrió en la humanidad con el paso de una sociedad tribal, en comunión con la naturaleza, a una sociedad de clases; lo que haría Asturias no sería tanto reproducir la realidad histórica actual de Guatemala, sino mostrar alegóricamente el trauma ocasionado en la cultura indígena desde la colonización española hasta el capitalismo actual.

El símbolo esencial de la novela: el maíz.

En la tradición maya-quiché, el hombre procede del maíz, lo cual le otorga su carácter divino: «Tan carne es el hijo como una milpa», recoge Asturias en uno de sus pasajes. Defender el cultivo tradicional del maíz implica la defensa de las relaciones sociales de la tribu y de sus mitos y creencias religiosas. No cultivar el maíz sólo para alimentarse implica romper con las relaciones sociales y familiares en las que los indígenas sustentan su tradición ancestral. Por esto, todo lo que ocurre en la novela remite siempre al plano de lo sagrado y es desde esa perspectiva mítica y sagrada como se explica la realidad, con algunos elementos concretos como: las maldiciones de los brujos, el fuego, el maíz, las enfermedades, la muerte..., todo interpretado en clave sagrada.

Otro de los elementos míticos más destacados es el tema del nahualismo: «como cada cristiano tiene su ángel de la guarda, cada indio tiene su nahual». El nahual es el animal que lo protege y con el cual se identifica. Así, tendremos a Goyo Yic que ve su sombra como la de un tacuatzín o zarigüeya; al curandero, que es a su vez Venado de las Siete Rozas; y al cartero Nicho, el correo-coyote.

Junto a este tema de nahual o animal protector, la novela de Asturias usa de otros animales de abundante presencia en la tradición maya, como son los conejos de las orejas de tuza, la serpiente, el pez y también, por su gran trascendencia en el corto pero fundamental Epílogo, la hormiga, que simbolizará, como recolectora del maíz, la vuelta a las costumbres ancestrales y a la sociedad natural al final de la novela.

La creación de una leyenda.

Por último, otro tema fundamental para el premio nobel guatemalteco es el de la creación de las leyendas. Para él, la leyenda se forja no sólo en su momento fundador, con la acción de los protagonistas, sino también con la transmisión: «la leyenda se va haciendo desde la palabrería de los hombres para evadirse de la cárcel del tiempo regular».

El señor Tomás consolida la leyenda, trata de provocar la presencia de lo sobrenatural, aunque él no lo puede ver, y los maiceros se aprovechan, pues les conviene obtener tierras para sus siembras. Alientan su locura asegurando ver a Machojón paseándose entre las llamas, repitiendo las mismas palabras que ya están en boca de todos. Así, esta leyenda, que tiene un origen humano y que se inventa desde las necesidades de un padre angustiado, acrecentará la acción del fuego. Tomás decide disfrazarse de su hijo, imita su aparición tal como la cuentan las gentes, prende fuego a los maizales secos «para pasear entre las llamas montado en el macho y que lo creyeran Machojón». Y la leyenda se entronca con la trágica realidad.

Las palabras de los brujos se cumplen. La leyenda de Machojón termina por ser lo real, creando un incendio, provocando una imitación que lleva a la venganza deseada.

Otro ejemplo claro que nos deja Asturias de sus tesis sobre los mitos es la creación por parte del arriero Hilario Sacayón de la leyenda de Miguelita de Acatán —entre otras muchas que va narrando en sus noches de alcohol y pulpería—. La máquina de coser de Miguelita se escucha claramente a las doce en punto de la noche.

Hilario ha inventado una leyenda, que se ha independizado de su creador, creciendo por su cuenta:

¿Quién no repetía aquella leyenda que él, Hilario Sacayón, inventó de su cabeza, como si hubiera sucedido? ¿No estuvo él en un rezo en que se rogó a Dios por el alivio y descanso de la Miguelita de Acatán? ¿No se ha buscado en los libros viejos del registro parroquial, la partida de bautizo de aquella criatura maravillosa?

Asturias vuelve a enfocar el problema de la leyenda desde el inventor; refuerzo para el binomio mito-realidad. Hilario Sacayón no acepta la veracidad de las historias que lo rodean, porque sabe que al igual que él es el origen de esa leyenda, habrá otros narradores en el origen de las restantes. Aunque al final, al cruzarse con el coyote y comprender que era el cartero Nicho en su forma de nahual, el escéptico Hilario aceptará la realidad del mito.

Conclusión: Asturias recrea en su novela una realidad mágica que imbrica las tradiciones de los indígenas con la realidad guatemalteca contemporánea. Novela que será fundadora de un tipo de narrativa de amplio y fructífero recorrido en la literatura hispanoamericana y que será reconocida en todo el mundo como Realismo Mágico.

Manuel Berriatúa